

Traducción
Ezequiel Martínez Llorente

Paul Theroux

En Lower River



Ellis Hock siempre descartó la posibilidad de volver a África. Propietario de una tienda de ropa de caballero en un pueblo de Massachusetts, sigue soñando con su edén particular: los cuatro años que pasó en Malawi como voluntario de los Cuerpos de Paz. Cuando su mujer lo abandona, decide regresar a la aldea en la que vivió, en la remota región de Lower River, donde cree que puede recuperar la felicidad.

Sin embargo, a su llegada la realidad va a resultar muy distinta a la esperada. Pronto descubrirá la mentira y la estafa, se adentrará en el corazón de las tinieblas y su idealizado retorno se convertirá en una carrera contra la muerte.

«Si vengo, no me quedo —dije yo—,
pero ¿quién eres tú, tan enfangado?».
«Uno que llora soy», me respondió.

DANTE, *El infierno*, canto VIII (versos 34-36)

Parte 1

La despedida

1

La esposa de Ellis Hock le regaló un teléfono nuevo por su cumpleaños. Un teléfono inteligente, le dijo.

—Y ¿sabes qué? —era algo coqueta y teatral a la hora de dar los regalos, y solía hacer pausas, con guiño desamparado incluido, para que él le dedicara toda su atención—. Te va a cambiar la vida.

Hock sonrió, porque cumplía sesenta y dos años, una edad en la que no se producen cambios trascendentales sino sólo discretas mermas.

—Tiene un montón de funciones —siguió diciendo Deena. A él el artilugio le pareció una frivolidad, un juguete costoso y frágil—. Y te servirá para la tienda —Hock vendía ropa para caballero en Medford Square.

Él comentó que su teléfono estaba bien. Una especie de pequeño puño eficiente, con tapa y una función.

—Me lo vas a agradecer.

Él se lo agradeció, y luego sopesó el teléfono viejo en la mano, como para llevarle la contraria, mostrándole que su vida no estaba cambiando.

A fin de probar que ella tenía razón (su entrega de regalos podía tomar una deriva hostil a veces, y éste parecía ser uno de esos casos), Deena se quedó con el teléfono nuevo, aunque lo registró a nombre de él, y para cumplimentar el trámite escribió la cuenta de correo electrónico de Hock. En cuanto se dio de alta, recibió de golpe todos los correos electrónicos de esa cuenta en el último año, cada uno de los mensajes que su marido había recibido y enviado, millares de ellos, incluso los que él creía haber eliminado, mu-

chos enviados por mujeres, una buena porción en tono afectuoso, en una revelación tan completa de su vida privada que él se sintió como si le hubiesen arrancado el cuero cabelludo; peor que eso, como si lo hubieran sometido a la clase de magia negra llamada *mganga* que él había conocido en África hacía tiempo, con un brujo sanador y adivinador que lo ponía del revés, y el escurridizo amasijo de sus entrañas apestosas desparramado por el suelo. Ahora era un hombre sin secretos o, mejor dicho, con todos sus secretos expuestos al escrutinio de la mujer con la que llevaba casado treinta y tres años, para la cual esos secretos suyos representaban noticias dolorosas.

—¿Quién eres tú? —le inquirió Deena, una fórmula interrogativa que tenía que haber oído en algún lado... ¿En qué película? Pero era ella la que se comportaba como alguien desconocido: los ojos fieros y gelatinosos, las manos furiosas que esgrimían el teléfono como si fuera un arma, y todas sus facciones marcadas y fijas en él: una cara púrpura y cremosa que era la expresión de la ira—. ¡Me has hecho daño! —y parecía herida de verdad. Tanta desazón despertó la compasión de Hock, y también el miedo, como si la hubiera encontrado bebida.

Hock vaciló ante la mujer enfadada que quería saberlo todo, pero en realidad ella ya lo sabía todo, pues sus pensamientos más íntimos se alojaban en ese teléfono. Deena desconocía el porqué, él también. Ella exigía a gritos detalles y explicaciones.

—¿Quién es Tina? ¿Quién es Janey?

¿Cómo podía negar lo que la pantalla de su teléfono nuevo mostraba sin tapujos, todos esos mensajes encubiertos, enviados y recibidos, de los que ella no había tenido constancia alguna?

—¡Tienes veneno en la lengua! ¡Firmabas «con amor»!

Él se dio cuenta, primero con alivio y casi con hilaridad, luego con horror y finalmente con tristeza, de que la única

cosa segura en su vida era que su matrimonio estaba cerca del fin.

Lo achacó todo a su vida solitaria. Rechazaba decir soledad. Tenía una tienda de ropa para caballero, y el negocio había ido tirando —lentamente, no del todo mal— durante años. Ahora estaba en declive. La historia de la tienda era la de su familia en Medford, la de su inserción en la localidad, la de su deseo de arraigo. Al llegar a Nueva York, el abuelo de Ellis, un inmigrante italiano, había entrado de aprendiz de sastre. Su primer empleo remunerado había sido a las órdenes de un primo suyo, también sastre, en el rural Williamstown, en el estado de Massachusetts, adonde había llegado en ferrocarril sin saber inglés. Ayudaba a confeccionar trajes para los acaudalados estudiantes universitarios de la zona. Aunque los clientes eran de su misma edad, él tenía que arrodillarse y desenrollar la cinta junto a esos cuerpos, mientras enunciaba tímidamente las medidas en italiano. Permaneció tres años allí, y luego pasó a trabajar de cortador en una sastrería en el North End de Boston. Tras casarse, con el fin de establecerse por su cuenta le pidió dinero prestado a su suegra, ya viuda (y que vivió con ellos hasta su muerte), y alquiló un local en Medford Square, donde abrió su propia sastrería.

El traslado a Medford entrañó otra mudanza, hacia una mayor sofisticación: Francesco Falcone se convirtió en un hombre nuevo y empezó a llamarse Frank Hock. Le había pedido a un sastre del North End que le tradujera *falcone*; el hombre había pronunciado *hawk* con el acento local, y el abuelo de Ellis, casi analfabeto, había escrito con tiza en un trozo de tela la palabra tal como le había sonado. La confusión pasó a anunciarse en un letrero: Hock's Tailors. Frank comenzó a adquirir fama como maestro sastre, y en sus estantes se acumulaban los rollos de tela de algodón de primera, y también de lino, de seda y de algodón egipcio. Fumaba puros mientras cosía, y al poco de cumplir los treinta

ya contaba con dos ayudantes para cortar e hilvanar. Su esposa, Angelina, le dio tres hijos varones, y al primogénito lo bautizó Andrea, en la práctica Andrew, y lo designó su aprendiz. El negocio marchaba bien, y Frank Hock era tan frugal que ahorró lo suficiente como para comprar la tienda y hasta el edificio entero. Recibía las rentas de los inquilinos de los pisos superiores y del resto de las tiendas, como Yee's, la lavandería china contigua. Joe Yee planchaba los trajes terminados y todas las Navidades le regalaba una caja roja con lichis secos.

Cuando Andrew Hock volvió de la Segunda Guerra Mundial, Medford Square comenzaba a modernizarse. Frank le traspasó el negocio a Andrew, que había estado trabajando antes al lado de su padre. Sin embargo, Andrew no tenía interés en la puntillosa labor del corte y la confección. Con las manos arruinadas por la artritis, el viejo se jubiló. Andrew vendió el edificio y compró unos locales en una hilera de establecimientos nuevos, en Riverside Avenue —el río Mystic discurría justo a su espalda—, y fundó Hock's Menswear, un escalafón más con respecto a la sastrería de Frank en Salem Street.

Ellis nació al año de la inauguración de Hock's Menswear, y más tarde él mismo trabajaría allí la mayor parte de las tardes de sus años de instituto, encargado de pisar a fondo el pedal y de bajar la tapa de la máquina de planchar ubicada en el sótano, junto al sastre Jack Azanow, un inmigrante ruso. Ellis también lustraba los zapatos, doblaba las camisas y recomponía las chaquetas que toqueteaban los clientes, ordeñando las mangas —una expresión de su padre—. De tanto en tanto hacía una venta. Las Navidades eran ajetreadas y festivas, gracias al jubiloso frenesí de los buscadores de regalos, que gastaban más dinero de lo acostumbrado y pedían que les envolvieran los artículos, otra de las misiones de Ellis. La actividad de la tienda en Navidades y también en Semana Santa y en el Día del Padre —esa vitalidad, las ganancias evidentes— casi persua-

día a Ellis de que podía labrarse una carrera en el negocio. Pero divisar su futuro tan claro lo alarmaba como una cadena perpetua. Aborrecía la idea de confinarse en la tienda, aunque ¿qué alternativa tenía?

Con un diploma en Biología por la Universidad de Boston, ante la perspectiva de ser llamado a filas —Vietnam—, Ellis solicitó enrolarse en los Cuerpos de Paz. Tras ser aceptado, lo destinaron a un país del que nunca había oído hablar, Nyasalandia, a punto de convertirse en la independiente República de Malaui, y empezó a trabajar como profesor en una escuela rural de una zona conocida como Lower River. El nombre tenía resonancias míticas, como si fuera un afluente subterráneo del río Estigia: distante y oscuro. Pero *lower* sólo quería decir «tramo bajo», «meridional», y al río lo ensombrecían dos grandes ciénagas, una llamada Elephant Marsh, y la otra, Dinde.

Ellis fue feliz en Lower River, completamente desconectado de casa, e incluso de la capital de ese país, viviendo a su aire mientras desempeñaba el trabajo de profesor en la aldea de Malabo, en una ribera desconocida y descuidada, como el único extranjero, alguien enormemente dichoso.

A los dos años renovó por otro par de años más, y una tarde hacia el final de esa prórroga, el conductor de un Land Rover del consulado le entregó un mensaje, un telegrama que había llegado al consulado de los Estados Unidos: «Para Ellis Hock en Malabo. Papá muy enfermo. Llama por favor». En toda la población no había un solo teléfono, y la línea principal del *boma*, el cuartel general de la zona, no funcionaba. Hock volvió en el Land Rover a Blantyre, y allí, a través del teléfono del cónsul, mantuvo una conversación con su inconsolable madre.

Había sido tan feliz en Lower River que nunca se había parado a considerar los pormenores de su marcha, y, no obstante, a los dos días de recibir el mensaje, montaba en un avión rumbo a Rodesia, y mediante escalonadas y laboriosas etapas, a Nairobi, Londres, Nueva York y Boston. Al

fin de vuelta en Medford, se sentó junto a la cama de hospital de su padre.

Al verlo, su padre resplandeció con la sorpresa, como si la vuelta de Ellis hubiera sido una coincidencia, un hecho por completo desvinculado de sus problemas de salud. Se besaron, se cogieron de las manos, y al cabo de poco más de dos semanas, Ellis abrazó ese cuerpo laxo, que respiraba fatigosamente, y el viejo murió. Eran las tres de la madrugada; su madre se había ido a casa a dormir.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó la enfermera del turno de noche tras confirmarle que su padre había exhalado el último suspiro.

—Sí —le respondió Ellis, y al instante se rio de su propia mentira. Pero estaba demasiado asustado como para decir la verdad, porque la pena lo estaba destrozando.

Volvió a casa, y a las siete, cuando se despertó su madre, le dio la noticia y la mujer profirió un lamento. Él no podía parar de llorar. Su viejo amigo Roy Junkins, enterado de su retorno desde África, lo llamó al día siguiente. Ellis habló con él entre sollozos, incapaz de controlarse, y sus lágrimas le produjeron tan poca vergüenza como si hubiera empezado a sangrar. Y hubo algo en ese instante —la llamada telefónica, el llanto— que reforzó el vínculo entre esos dos hombres.

Tras el funeral, se leyó el testamento: Hock's Menswear era suya. A su madre se le asignaba una suma de dinero y la casa familiar.

—Papá quería que te quedaras la tienda.

Ellis había salido de África repentinamente, y sintió que allí había dejado una parte irrecuperable de sí mismo. Un verdadero hogar había quedado atrás: su cocina y todas sus pertenencias, la ropa, los binoculares, la radio de onda corta, sus serpientes encerradas en canastos y jaulas. Había vuelto con lo que le había cabido en una maleta.

De pronto, a los veintiséis años, se había convertido en el único propietario de Hock's Menswear. Tenía empleados

—los dependientes, el sastre Azanow, una mujer que llevaba la contabilidad— y clientes fieles. Al cabo de unos años se casó con Deena, y apenas habían celebrado su primer aniversario cuando Deena dio a luz a su hija Claudia, a quien llamaban Chicky.

Estaba cumpliendo esa cadena perpetua que tanto había temido: el negocio familiar, una esposa, una niña, su casa en Lawrence Estates, heredada de su madre al fallecer ésta. Día tras día, salvo los domingos, Ellis llegaba a la tienda a las ocho, aparcaba en la parte de atrás, frente al río Mystic, y, después de repasar el inventario y los repartos con Les Armstrong y Mike Corbett, abría a las nueve. A mediodía, tomaba un sándwich en Savage's, el restaurante que había al otro lado de Riverside Avenue. Tras el almuerzo, de vuelta a la tienda. A veces, Les o Mike recordaban sus años en el ejército con voces soñadoras, y es que la guerra monopolizaba todas sus conversaciones. Ellis sabía cómo se sentían, aunque él sólo le mencionaba el tema de África a su amigo Roy, que de vez en cuando se dejaba caer por allí. A las cinco y media, cuando Les y los demás se marchaban, Ellis cerraba la puerta principal y se iba a cenar a casa.

Era una vida como la de tantos, y más afortunada que la de la mayoría. Ser el propietario de una boutique en Medford Square le daba un componente social a su trabajo, y al vender ropa cara era normal que vistiera bien.

Más de treinta años igual. Rara vez se iba de vacaciones, a pesar de que durante el verano Deena alquilaba una casita en Cape Cod. Los sábados por la tarde, Ellis conducía hasta allí para pasar el domingo con su mujer y con Chicky. Y cuando los padres de Deena se trasladaron a Florida, ella empezó a pasar con ellos alguna semana. Por su parte, Chicky creció, se graduó en Emerson College, se casó y se compró un apartamento en Belmont.

Las cosas siempre seguirían igual, pensaba. Y, sin embargo, los cambios llegaron, primero como simples anuncios y luego como hechos consumados. El negocio decayó

y Medford Square cambió, desgarrando el tejido que lo constituía: un restaurante vietnamita sustituyó a Savage's Deli, y acto seguido Woolworth's y Thom McAn echaron el cierre. Los zapateros, la lavandería y los reparadores de televisiones desaparecieron, y entonces se produjo la señal más fatídica de todas: escaparates vacíos, cristales rotos. La vieja panadería que vendía pan recién hecho era ahora un sitio de donuts, otra cadena. Ahora la compra se hacía en el nuevo centro comercial de Wellington Circle, con grandes supermercados y muchas tiendas pequeñas. Hock's Menswear estaba más tranquila, aunque se mantenía dignamente, y eso le daba también un aire más taciturno, como si fuera la reliquia de la antigua sastrería: una tienda de ropa para caballeros en el centro menguante y obsoleto de una ciudad.

Pero el edificio —la finca— constituía el verdadero patrimonio de Ellis. Éste avizoraba un tiempo no muy lejano en el que, tras desprenderse de los locales, podría retirarse y vivir de las rentas. Mientras tanto, cumplía con su jornada, de ocho a cinco y media. Atendía a los clientes él mismo, como había hecho siempre, para dar ejemplo y también simplemente por hablar, escuchar y enterarse de las vidas de los demás, de sus experiencias en el mundo más allá del umbral de Hock's. Al contar con sólo otro dependiente, participaba más en las labores de cara al público, y lo cierto es que eso le gustaba, y aguardaba el momento de hablar con los clientes, cuyas experiencias empezaron a ser las suyas.

Sabía que el negocio estaba condenado, pero la charla lo mantenía vivo, al igual que una conversación con un inválido postrado devuelve la ilusión de la esperanza. Los centros comerciales y las grandes cadenas de tiendas, tan colmados de espacio e inventario, prosperaban porque contrataban a pocos empleados, o a «asociados comerciales», tal como se los denominaba entonces. Hock's pertenecía a la clase de establecimiento donde el tendero y el

cliente charlan sobre el color de una corbata, el estilo de un traje, la caída de un abrigo o la holgura de un jersey. «Se supone que tiene que quedar amplio» o «Ese abrigo no es tan elegante como aquel otro». Las tiendas nuevas tampoco ofrecían la misma calidad que Hock's: tweeds de Escocia, camisas inglesas, calcetines de rombos, géneros de punto irlandeses, prendas de cuero italianas, fedoras de ese mismo país y zapatos fabricados por los últimos grandes artesanos de Estados Unidos. En Hock's todavía se vendían chalecos, pañuelos de hombre y sombreros tiroleses de veludillo, con un torzal de plumas en la cinta. La calidad se sugería mediante un vocabulario específico para la mercancía..., los atavíos, mejor: calcetería, bombachos, géneros de punto; una chaqueta de punto era un cárdigan.

Cada transacción constituía una conversación, a veces extensa, sobre el acabado del tejido, el tiempo, el estado del mundo. El factor humano, la charla, aliviaba la penumbra de la tienda vacía y la rescataba de su maleficio. El cliente más habitual era un hombre mayor que buscaba una corbata, una buena camisa o un abrigo informal. Pero a menudo aparecían mujeres que querían un regalo para su marido, su padre o su hermano. Ellis las retenía con su conversación y les explicaba las posibles elecciones. «Estos calcetines son fuertes como el hierro», «Esta camisa es de algodón Sea Island, el mejor de todos» o «Este pelo de camello se vuelve más mullido con los años, y gana suavidad con cada limpieza en seco».

En los ocho o diez años anteriores, a los clientes con más posibilidades, mujeres sobre todo, Ellis les había preguntado: «¿Tenemos anotada su dirección de correo electrónico?». A raíz de eso, había mantenido un contacto ocasional con esas personas, y entonces aprovechaba para hacer aclaraciones, lanzar sugerencias sobre una nueva adquisición o describir artículos en venta, a menudo añadiendo un comentario personal, una línea o dos, en un tono ligeramente galante. Si habían comprado ropa para un viaje, él

preguntaba sobre esos viajes. A estos menesteres destinaba la primera hora de la mañana, frente al ordenador de su oficina, cuando estaba solo, sintiéndose pequeño en su aislamiento, para mejorar su estado de ánimo y poder hacer frente a la trivialidad del día. Esos susurros inofensivos lo sosegaban, aplacaban un poco el hambre de su corazón, no de sexo sino de un oscuro anhelo. Muchas mujeres respondían con un talante parecido, y Ellis siempre tenía una palabra jovial para ellas.

En el curso de los años precedentes, esos mensajes electrónicos habían venido a representar una constante en su vida, una historia de amistad que desprendía calor e inspiraba confidencias, alusiones privadas, peticiones de ayuda o consejo. Pero como sólo se encontraba con esas mujeres cuando entraban en la tienda, muy de tarde en tarde, todo era inocente, nada más que unos susurros en la noche, que, eso sí, comparados con la monotonía de su rutina de tendero, parecían una respiración extasiada.

Al final, las mujeres de su lista de clientes preferentes sumaban unas veinte o treinta, de edades variadas, cercanas y alejadas, y entre ellas figuraban viejas amigas, su novia del instituto y la chica con la que había ido al baile de graduación. Ellis seguía viviendo en el pueblo que lo había visto nacer, y estaba saturado. Sólo había tenido la tregua de los cuatro años pasados en África, ejerciendo de bisoño profesor en Lower River.

Cuando Deena le mostró los movimientos de su cuenta de correo en un año, Ellis se sintió más impresionado por la densidad de los mensajes que por la intimidad de sus confidencias, aunque algunos fragmentos lo desconcertaron. Escribir era una forma de olvidar, y ahora todo aquello volvía a él para recordarle cada palabra que había dicho. Desconocía que un teléfono, incluso uno de alta tecnología con hechuras de ordenador, pudiera tener acceso a tal número de mensajes, unos enviados y otros recibidos, doce meses de tecleo, sin que faltaran los que había borrado (la mayor

parte de ellos), esos que, una vez arrastrados hasta el icono de la papelería de reciclaje, creía desaparecidos para siempre.

Pero habían vuelto, dentro de esa larga lista desordenada, una imborrable crónica de su pasado, un pasado que había olvidado en buena medida. Y entonces el interrogatorio comenzó, con Deena proclamando: «Quiero saberlo todo» (¿otra frase de película?). Ella sujetaba en su mano toda su memoria, la historia secreta que había vivido el año anterior. «¿Quién es Rosie?» y «Háblame de Vickie».

La vergüenza y la ira lo habían dejado mudo. Abochornado, espantado, no podía explicar aquella cantidad de mensajes ni justificar su tono de incitante flirteo, ni la intimidación mantenida con desconocidas, ni tampoco el sinnúmero de minucias irrelevantes. Les hablaba de cómo le había ido el día, de los viajes de ellas, de libros, de su infancia; y ellas hacían lo mismo y le relataban sus propias historias.

—¿Qué pasa contigo, Ellis?

Él no lo sabía. Agachó la cabeza, más para protegerse de un posible golpe que en un acto de contrición. Durante un mes, Deena y él discutían cada vez que él llegaba a casa desde el trabajo. En la cama, ella le daba las buenas noches con bufidos recriminatorios. Y cuando él despertaba, bostezando y saliendo de un sueño precario y ridículo, y con la crisis de los correos aún en la recámara de la memoria, ella comenzaba de nuevo, haciendo sonar la campana, con su lengua como el badajo y un dedo plantado en la cara de él, para vocear la traición que había sufrido. Algunas mañanas, tras una noche de bronca, el tira y afloja de súplicas e insultos, Ellis se despertaba muy aturdido. La cabeza le dolía como en una resaca aguda, dejándolo inservible para el trabajo.

Deena pedía detalles, pero las migajas que él le ofrecía sólo la enfurecían más. No había clemencia, así que ¿para qué molestarse? Todo parecía inútil, un aullido quejumbroso. Ella era un policía gritón que lo había pillado con las